

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



José Dammert Bellido

*Mi vinculación
con la Universidad Católica*

Cuadernos del Archivo de la Universidad **2**

Lima, 1997

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

José Dammert Bellido

Mi vinculación con la Universidad Católica.

Lima: PUCP. Archivo de la Universidad, 1997.

41 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 2)



Monseñor JOSÉ DAMMERT BELLIDO
Profesor emérito del Departamento Académico de Derecho
San Miguel (Lima), 20 de junio de 1997
(Foto por Cosme Trujillo Barrueta)

Presentación

En el ambiente de mi familia y en la relación humana con el padre Jorge Dintilhac, que fue mi profesor de *inglés* y de *economía política* en el colegio de la Recoleta, yo adquirí una información esencial y una idea de la Universidad Católica. José Dammert Bellido, subsecretario de la Universidad cuando yo ingresé en 1939, fue una de las personas que expresaba la vida universitaria de esos años.

Él y Ernesto Alayza Grundy, que era el secretario de la Universidad, despachaban en una pequeña oficina a la cual se llegaba desde el primer patio del antiguo local, el primero que tuvo la Universidad en la Plazuela de la Recoleta. A Pepe Dammert, con quien me separaban pocos años de edad, lo conocí por la vinculación amistosa de mi madre con doña Rebeca Bellido de Dammert, madre de Pepe. Lo conocí a él y a su familia en una casa cercana a la avenida del Ejército, en la Magdalena, y recuerdo a la señora Rebeca como una mujer inteligente, culta, con una seria preocupación cristiana. Más tarde, en los años universitarios, la familia se trasladó a la calle Máximo Abril, y de ese tiempo recuerdo a don Enrique Dammert Alarco, padre de Pepe, que siempre fue muy amable con los muchachos amigos de su hijo, y también tengo memoria cercana de Enrique Dammert Elguera, mayor que Pepe, su hermano de padre, hombre culto y gran conversador.

Asimismo, tengo memoria de cómo conversábamos largamente sobre temas universitarios, de asuntos de la Iglesia y del país, en largas caminatas, prácticamente cotidianas, entre la Plazuela de la Recoleta y la esquina de Wilson y 28 de julio, donde yo tomaba el ómnibus rumbo a mi casa en la Magdalena Vieja. Pepe seguía a pie hasta Máximo Abril.

En fin, estos recuerdos desordenados que pueden tener sabor anecdótico, representan un vínculo viejo de amistad que ha perdu-

rado a través de medio siglo y algo más. De este modo, como una suerte de elogio a la amistad, por encima de coincidencias o discrepancias, escribo estas líneas en la edición de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* dedicada a José Antonio Dammert Bellido.



José Agustín de la Puente Candamo
Presidente del Comité Editorial
de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

Mi vinculación con la Universidad Católica

En mis tiempos de colegial, la vía para realizar estudios universitarios, y el contacto que se tenía con jóvenes profesores, era San Marcos, sin mencionar a la Católica. Los profesores en los colegios alemán *Deutsche Schule* e italiano "Antonio Raimondi" fueron Augusto Weberbauer, Luis Alberto Sánchez, Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía, José Jiménez Borja, Carlos Rodríguez Pastor, Emilio Romero y Ramiro Priale, amigos también de mi hermano Enrique Dammert Elguera. Todos ellos brillantes maestros y que eran cordiales con los alumnos. El único catedrático de la Católica que me enseñó fue el español doctor Emilio Huidobro, reputado profesor universitario, pero para muchachos de 11 a 13 años demasiado elevado y aburrido, haciéndonos rechazar al Quijote.

En 1932 el presidente Sánchez Cerro cerró San Marcos, por lo que a fines del año siguiente solicité en la Católica el prospecto para el ingreso. Ahí quedó mi relación con ésta debido a que el gobierno italiano me otorgó una beca para estudiar en la Universidad de Pavia, donde me doctoré en jurisprudencia, volviendo al Perú en diciembre de 1938. En Pavia mantuve contacto con la Federación de Estudiantes Católicos Italianos (FUCI).

A mi regreso me incorporé a la Secretaría de la Delegación Peruana a la VIII Conferencia Panamericana y conocí al doctor Javier Correa Elías, jefe de ella. Comencé a tramitar la revalidación de mis estudios en San Marcos, cuando me telefoneó el doctor Correa para proponerme trabajase en la Secretaría General de la Universidad Católica para ayudar al secretario general, doctor Ernesto Alayza Grundy, que estaba recargado de trabajo y quería dedicar más tiempo a su profesión. Me halagó la propuesta y acepté, entrando el 10 de marzo de 1939 a trabajar en ella, sin haber sido alumno.

Ernesto me recibió muy cordialmente y la primera tarea que me encomendó fue la confección del horario de las facultades que funcionaban en la Recoleta. Debía considerar que había sólo siete aulas y se pedía para algunas horas el dictado de nueve o diez

asignaturas. Fue un verdadero rompecabezas y hubo que dictar algunas en el Rectorado. Poco después, con algún donativo, se pudo construir un aula más en el primer patio y la sede de la tesorería a cargo de la auxiliar señorita Irma Elías.

El padre Jorge me recibió complacido, nombrándome subsecretario general. El diario contacto con el rector me enseñó mucho por su humilde y callada tenacidad en resolver los problemas que se presentaban, en mantener relaciones amistosas con los alumnos, recibéndolos en su despacho, escuchándoles, o saliendo a los patios para oír, participar en sus conversaciones y enterarse de noticias agradables como de críticas a algunos profesores, asimismo de referirse a algunos con los motes dados por los estudiantes. En las mañanas era con los alumnos de Letras y Derecho y en las noches con los de Ciencias Económicas y Comerciales.

Inmediatamente se realizaron los exámenes de ingreso y de aplazados. Fue un comienzo trabajoso, pero que me hizo entrar intensamente en la vida cotidiana de la Universidad.

En abril de 1939, el catedrático de Derecho Romano, doctor José Félix Aramburú fue nombrado ministro de Justicia por el presidente Benavides, y manifestó que no dictaría los cursos 1^o y 2^o y que los podrían asumir Tubino o Dammert, pues ambos estudiaron en Italia. Tubino se negó por tener resuelto ingresar al Seminario y yo tuve que aceptar, encontrando que era menor de edad que los alumnos.

Se realizó en mayo el II Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos, cuya organización estaba a cargo de Ernesto Alayza, quién desapareció de la Universidad por más de quince días, quedándome sólo para afrontar la labor diaria.

Ernesto Alayza llegaba con retraso a las sesiones del Consejo Superior, por lo que el ingeniero Cristóbal de Losada y Puga, decano de Ingeniería, tomaba las notas para las actas. Un día me dijo : "Usted colabora y sustituye al secretario general, así que en adelante asistirá a las sesiones para ayudar a redactar

las actas". De manera que participé en el Consejo Superior sin voto y entré aún más en intimidad con la dirección de la Universidad.

Ese laborioso trabajo me permitió conocer a fondo los problemas universitarios, colaborar en posibles soluciones y, al mismo tiempo, gozar de la confianza de los dirigentes.

También aprendí a valorar la importancia del trabajo diario que contribuía eficazmente al desarrollo de la institución, puesto que del acierto en las decisiones y en su ejecución en la vida ordinaria dependía la formación cristiana y académica de los estudiantes.

Eran auxiliares de la secretaría los señores Málaga, Bernardo Morales y Alfredo Soto Requena. Portero era el huancaíno Lucas y auxiliar de la biblioteca, Teodoro Hopkins. Los he recordado porque las vicisitudes cotidianas dieron consistencia al desenvolvimiento de la Universidad y por la colaboración y laboriosidad que ellos prestaron.

Me percaté que en ese tiempo la Universidad era dirigida por tres personas: la autoridad moral e indiscutible del padre Jorge, la habilidad, diplomacia y eficacia del doctor Correa, antiguo secretario de Facultades de 1932 al 38 y entonces tesorero general, y de la capacidad intelectual y ejecutiva de Ernesto Alayza. La Facultad de Ingeniería dependía de la figura y clara inteligencia y práctica en los hechos de Cristóbal de Losada. Al lado de ellos me compenetré del espíritu que el padre Jorge inspiró a su Universidad.

Conversando un día con él, Alayza y yo, sobre un asunto concreto, le expresamos que al no ser peruano le era difícil entender la situación. Él contestó preguntándonos la edad de cada uno. Ernesto respondió 26 años y 22 yo, a lo que el apuntó sonriente: "hace 35 que vivo en el Perú".

El mismo padre me tomó confianza y me encargó el arreglo de su archivo. De este modo tomé conocimiento de los primeros años de la Universidad, revisando libros de actas y de cuentas, comuni-

caciones, recortes de periódicos y otros documentos, aumentado por las conversaciones tenidas con él y sus colaboradores los doctores Carlos Arenas y Loayza y Jorge G. Velaochaga, el padre Plácido Ayala ss.cc. y de sus antiguos alumnos del colegio, Javier Correa, Ismael Bielich, César Arróspide y Juan Lino Castillo.

Con la experiencia de mis estudios en Pavía propuse al comienzo de 1940 que se dictasen los cursos de Derecho Romano como lo explicó en su memoria anual el padre rector: "En la Facultad de Derecho hemos ensayado el estudio del Derecho Romano en el primer año, con el carácter de curso de instituciones. La finalidad perseguida por el Consejo de la Facultad al introducir esta reforma ha sido la de presentar al alumno, desde el primer momento, el carácter excesivamente legalista para el Derecho Privado, con lo cual se restringe la visión del estudiante para quien se convierten en sinónimos las instituciones jurídicas y sus formas legales en vigor. Estudiar como permanece la esencia de aquellas a través de variaciones causadas por la adaptación a las exigencias de la época y del medio, es dar una visión completa de las ideas jurídicas básicas a los alumnos de la Facultad de Derecho."

En marzo de 1941 me retiré de la Universidad para ingresar al Seminario de Santo Toribio.

A principios de 1943 el nuevo decano de la Facultad de Derecho, el doctor Víctor Andrés Belaunde, me pidió reincorporarme al dictado de los cursos de Derecho Romano a causa de que los alumnos no estaban satisfechos con quien me había reemplazado. Le manifesté que era imposible y recurrió al rector del Seminario que se expresó en forma igual.

Belaunde se dirigió al arzobispo Pedro Pascual Farfán, que al mismo tiempo era Gran Canciller de la Universidad por haber sido declarada Pontificia en 1942. El mismo arzobispo me refirió inmediatamente después lo acontecido. Don Víctor Andrés aprovechó de esa reciente vinculación para solicitarle un favor sin decirle cuál era. El arzobispo, naturalmente, le preguntó de qué se trataba, pero ante la insistencia elocuente y

habilidad diplomática cedió. Al enterarse del contenido pasó monseñor Farfán por el Seminario para darme la noticia expresando "que era sólo por este año". ¡Dieciséis años después continué enseñando Derecho Romano sin interrupción hasta mi nombramiento episcopal en 1958 !

Aún en vida de monseñor Farfán, fui designado profesor titular en 1945 y luego miembro del Consejo Directivo de la Facultad.

El 21 de diciembre de 1946 fui ordenado sacerdote de manos del arzobispo cardenal Juan Gualberto Guevara, y recuerdo siempre emocionado el esfuerzo hecho por el padre Jorge al arrodillarse para recibir mi bendición en su despacho rectoral.

A fines de enero el arzobispo me destinó a colaborar en la Cancillería Arzobispal. Por el temor de permanecer en una labor burocrática avisé a los amigos de la Universidad y el 31 de enero de 1947 el Consejo Superior me eligió Secretario General de la Universidad por renuncia del presbítero Gerardo Alarco, siendo ratificado el nombramiento por el Gran Canciller Arzobispo de Lima.

Con los dirigentes de la Universidad, en parte antiguos alumnos del padre Jorge en el Colegio de la Recoleta, otros que concluyeron estudios en la Universidad o colaboradores del padre rector, pudimos proseguir bajo el espíritu del mismo fundador, a pesar de su sensible fallecimiento acaecido en abril, el desarrollo de la Universidad, comenzando por el establecimiento de la Facultad de Educación el 21 de febrero de 1947.

No fue fácil la labor con el nuevo rector, el padre Rubén Vargas Ugarte s.j., por su carácter personalista y ajeno a la realidad. Sin embargo la colaboración de los responsables en la dirección universitaria permitió equilibrar decisiones precipitadas del rector.

Éste se sentía incómodo en el local de la Recoleta y pasó a la casona del doctor José de la Riva-Agüero en la calle de Lártiga, trasladando la biblioteca. Por el crecido alumnado de Letras se mudó la

Facultad de Derecho al segundo piso, y luego Ciencias Económicas. La secretaría y tesorería general ocuparon el entresuelo.

Alejandro Díaz Marín contaba que no se matriculó en la Academia Preparatoria por haberse encontrado en la escalera de Lártiga con un sacerdote que le habló y le dijo que si estaba bien preparado era inútil matricularse en ella. Él preguntó luego quién era ese cura y le dijeron que el secretario general Dammert.

Mi dedicación a la Universidad era completa, asistiendo mañana y tarde. Seguía el ejemplo del padre Jorge de conversar con los alumnos en los patios, lo que no era del agrado del padre Vargas por considerar que debía estar sólo en la oficina.

El padre Gerardo Alarco anotó: "Durante los largos años que fue secretario general de la Universidad el presbítero José Antonio Dammert, su oficina en el entresuelo de la calle de Lártiga fue el centro de reunión acogedor al que concurrían muchos alumnos destacados de las facultades de Letras y Derecho. Yo no dejaba de ir alguna vez y conversaba con el secretario general y rodeado de otros estudiantes en el ambiente cordial y reflexivo que sabía crear en torno suyo el secretario general".

En ese mismo despacho tuvimos una reunión los dirigentes de la Universidad para tratar acerca del futuro local de la Universidad dispersa en varias casas. El doctor Víctor Andrés Belaunde insistía en que la Plaza de la Recoleta debía ser el claustro universitario adquiriendo las casas de los entornos como se había hecho con la finca Tenaud y el uso de los altos del Hospicio Manrique.

Mas la gran mayoría, por los inconvenientes del tráfico y aglomeración, no podía quedarse en el centro de la ciudad; pensaba en el fundo Pando, dejado por el doctor Riva- Agüero, para la ciudad universitaria. Se consideró la conveniencia de edificarla allí por no tener que adquirir terreno, y por una aguda intervención del doctor Luis Echeopar García que con ello se elevaría el precio del resto. Llevado al Consejo Superior la propuesta fue aprobada.

Por disposición del padre Vargas me encargué de la publicación del "Anuario de la Universidad" de 1947 a 1956.

De 1949 a 1953 dicté el curso de Derecho Canónico y Público Eclesiástico alrededor de dos temas que directamente interesaban a los alumnos de una facultad civil: "Estado e Iglesia" y "Disposiciones emanadas para el Perú de la Santa Sede y asambleas episcopales sobre el derecho matrimonial canónico", publicando algunos artículos en la revista *Derecho*.

En 1952 asumió el rectorado el presbítero doctor Fidel Tubino, y a los pocos meses el doctor Javier Correa me propuso para el vicerrectorado con retención de la secretaría general, lo que fue aprobado.

Después de haber trabajado bajo la conducción del padre Jorge, fue difícil continuar con el padre Vargas para poder limar asperezas y tratar de enrumbar los problemas. Asimismo, el carácter de Tubino no era fácil por la concepción que tenía acerca de la Universidad Católica, que distaba de la que había vivido desde su fundación. Todo tenía que centrarse en la autoridad del rector, minucioso en los detalles y no claro en su actuación.

Propuso la modificación de los estatutos de la Universidad sin contar con el Consejo Superior. Fueron aprobados por Roma a pesar de la exposición que hicimos dirigentes de la Universidad.

Tubino me consultó para nombrar tesorero de la Universidad al doctor Xavier Kiefer-Marchand, secretario de la Facultad de Derecho, a quien yo reconocía muchas cualidades, pero no para ejercer dicho cargo. A pesar de mi opinión lo hizo elegir por el Consejo. Yo le manifesté a Kiefer que no había votado por él, pero mi obligación era prestarle leal y sincera colaboración. Al cabo de poco tiempo Kiefer-Marchand, harto de las dilaciones del rector, renunció al cargo peleado con él, mientras que siempre mantuvo conmigo una loable amistad.

En los años 1955-56 me encargué en la Facultad de Letras, la sección doctoral, de la asignatura *Historia de la Iglesia en la Edad*

Media, tocando su influencia y siguiendo a Christopher Dawson e Hilaire Belloc, temas más interesantes para los alumnos que las herejías trinitarias de los primeros siglos como aparecía en el programa anterior.

En ese tiempo mantuve muy buenas relaciones con la Federación de Estudiantes.

En 1952 el cardenal Guevara me hizo ingresar en el Cabildo de la Catedral y el nuevo arzobispo Landázuri me nombró director de la Sindicatura Eclesiástica en 1955 y primer secretario de la Conferencia Episcopal en 1957.

Al año siguiente, el Consejo Episcopal de Gobierno eligió a Tubino para un segundo período en el rectorado. Al conocer esa decisión preferí dejar la secretaría general por no sentirme con fuerzas para proseguir otro quinquenio a su lado, y así dejarlo en libertad para escoger a alguien de su plena confianza. Tubino me expresó su desagrado y pidió presentar la renuncia por escrito, lo que hice inmediatamente y fue aceptada.

Continué en el Consejo Superior como vicerrector hasta el mes de abril de 1958 en que fui nombrado obispo auxiliar de Lima por el Papa Pío XII.

La consagración episcopal recibida del arzobispo Landázuri acompañado por los obispos Arce Masías y Tubino en la catedral fue una ceremonia solemne y simpática por la concurrencia de alumnos y de amigos, habiéndome obsequiado los universitarios un báculo.

Dejé la Universidad con pena después de 19 años de haber trabajado. Tubino me propuso integrar el Consejo Episcopal de Gobierno, pero decliné para no entrar en contradicción con él, dado que yo tenía una concepción diferente sobre la institución universitaria.

Semanas más tarde el Instituto Riva-Agüero nos hizo una despedida a Felipe Mac Gregor, nombrado provincial de la Compañía de

Jesús, y a mí. Felipe dijo que la separación mía era definitiva mientras que la suya temporal.

A fines de mayo de 1958 fui invitado por la Facultad de Letras para bendecir su nuevo local en la finca Tenaud con el beneplácito de profesores y alumnos.

En los años siguientes tuve pocas ocasiones de expresar mi larga vivencia universitaria, como en los funerales del ingeniero Cristóbal de Losada y del doctor Raúl Porras, visitas de profesores y alumnos, y la colaboración de profesores y de alumnos en la organización y desarrollo de las semanas sociales de Lima en 1959 y de Arequipa en 1961.

Al concluir en 1962 el período rectoral de Tubino algunos pensaron en mí como su posible sucesor, pero había sido trasladado ese mismo año al obispado de Cajamarca, y fue elegido Felipe Mac Gregor, a quien acepté incorporarme al Consejo de Gobierno. En él me afirmé en la opinión que éste tenía de la realidad universitaria, dado que sólo Mac Gregor y yo éramos los únicos compenetrados de los problemas y dificultades como de proponer posibles soluciones.

Por el cambio de la ley universitaria, dado por la Junta Militar de Gobierno en 1969 desapareció dicho consejo, mas continué visitando a Mac Gregor.

En febrero de 1973 falleció monseñor Tubino y el cardenal Landázuri me pidió pronunciara la oración fúnebre en la catedral: en ella expresé lo que sentía, y su hermano me dijo "haberlo retratado como era". En la cripta, antes de inhumarlo pedí rezar un avemaría conforme a lo que siempre decía Fidel al despedirse: rezo que fue muy emotivo.

Al darse la nueva ley universitaria en 1977 fue elegido el ingeniero José Tola Pasquel y por disposición legal la Conferencia Episcopal debía tener tres delegados en la Asamblea Universitaria, y fui elegido uno de ellos y reelegido en forma sucesiva hasta ahora. Traté siempre de concurrir a ella cuando estaba en Lima.

Una buena vinculación mantuve con el Departamento de Teología, participando en conferencias en los cursos de verano

Al conferírsele al doctor Javier Correa Elías en 1967, celebrando 50 años de fundación de la Universidad, el grado de doctor *honoris causa* en Derecho me pidieron que pronunciara el discurso de homenaje.

En ocasión de su fallecimiento fue publicado en la Revista de la Universidad en diciembre de 1978. En él manifesté su estrecha vinculación y terminé con la expresión alguna vez dicha por Losada y Puga: "A quien más debe la Universidad Católica después del padre Jorge es a Javier Correa."

Una especial asamblea universitaria redactó los estatutos nuevos. Participé en representación de la Conferencia Episcopal llegando con algún retraso por estar en Cajamarca y luego no falté.

Mi posición era conocida: continuar su trayectoria histórica, es decir con la autonomía de la Universidad, vinculada con la Iglesia como había sido siempre desde su fundación y conforme a la legislación nacional. Expuse mis puntos de vista basados en mi larga experiencia, comprendiendo los anhelos estudiantiles, mantener con ellos estrecho contacto de la manera habitual enseñada por el padre Jorge.

Acerca de un proyecto de constitución apostólica dedicada a las universidades católicas, expresé a la Congregación Romana y a la Conferencia Episcopal que era muy difícil promulgar un texto uniforme para todas las universidades por las grandes diferencias existentes entre las entidades católicas y que las exigencias de vinculación jurídica no tenían en cuenta la necesaria presencia pastoral de obispos y otros agentes pastorales y la eficacia de su acción.

Consideré que lo más importante era la acción pastoral y cultural de la Iglesia jerárquica y no el establecimiento de normas legales, que no influyen en el espíritu ni en la vida de docentes y estudiantes. La experiencia en nuestra universidad es que a pesar del trabajo de formación realizado, se ha contado con escaso personal, exis-

tiendo siempre grandes vacíos: las peticiones a institutos religiosos u obispos ha respondido mínimamente.

Una enorme dificultad actual radica en que la cultura se desenvuelve en las grandes ciudades y en los centros superiores de estudios e investigación, mientras que la Iglesia está al margen de ambas. Las actuales estructuras eclesíásticas no se adecúan al desarrollo ni de las urbes ni de las universidades. El influjo eclesial no se verifica imponiendo dependencias jurídicas sino en la animación cristiana y humana y en la creatividad cultural.

El jueves 21 de junio de 1991 el decano Jorge Avendaño Valdez me invitó a bendecir el local de la Facultad de Derecho.

Pronuncié un discurso en el homenaje rendido por la Facultad de Letras al doctor César Arróspide de la Flor, un laico siempre joven e ilustre profesor y decano.

Presidí la misa concelebrada por el fallecimiento del artista Adolfo C. Winternitz, fundador y decano de la Academia y ahora Facultad de Arte.

Con motivo de la inauguración del segundo ciclo académico de 1993 fui invitado a celebrar la Santa Misa y en ella me dirigí a los 800 nuevos alumnos relatando los orígenes de la Universidad, desconocidos ciertamente por ellos y aun por muchos profesores asistentes, por lo que me solicitaron ponerlos por escrito. Esto también me fue pedido en otras oportunidades.

He redactado algunos capítulos y tengo otros en preparación. Espero tener tiempo libre y salud para concluirlos.

Para mí el mejor reconocimiento de mi labor universitaria es siempre el encuentro cariñoso de antiguos alumnos, pues para ellos continúo siendo el padre Dammert.

Lima, junio de 1997.

*Monseñor Fidel Tubino**

Hace algo más de 33 años, en setiembre de 1939, por encargo de la Juventud de Acción Católica de Lima despedí en el viejo centro jesuita de la calle Muelle a un joven abogado que se dirigía a España para ingresar en el seminario de Comillas.

Por fraternal encargo del Cardenal Arzobispo de Lima nuevamente me ha tocado despedir, en nombre de los obispos del Perú y del clero y fieles de la arquidiócesis a Fidel Tubino que ha trocado la frágil morada terrena por la mansión eterna que el Señor le ha concedido.

Esta despedida tampoco es la definitiva, pues "aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad, porque la vida de los que en Ti creemos Señor, no termina, se transforma" (Prefacio I de la misa de difuntos). En esta ocasión evoco la figura de ese joven profesor universitario, de cabellera llamativa por el rubio encendido que la teñía, nacido del hogar Tubino Mongilardi, descendiente de la activa y laboriosa colonia genovesa establecida en Lima a mediados del siglo pasado; estudió en el colegio de la Inmaculada y luego pasó a Roma para continuar sus estudios secundarios. Allí asimiló la cultura clásica que poseía y manejaba con elegancia, siendo maestro de latinidad como lo demostró en sus discursos rectorales en 1954.

Realizó los estudios de jurisprudencia en la universidad de Génova y al mismo tiempo perteneció y presidió el grupo de universitarios católicos; esto le permitió incorporarse a la consulta nacional de la federación católica universitaria que tenía como asesor a un joven minutante de la Secretaría del Estado que respondía al nombre de Giovanni Battista Montini. Perduraron después los sólidos vínculos de amistad contraídos entonces con dirigentes de la posterior democracia cristiana italiana; el Santo Padre Pablo VI siempre preguntaba con afecto a los obispos peruanos por el "caro Tubino".

* Publicado en el diario *Expreso* (Lima: 10 de febrero de 1973).

De regreso al Perú, lo conocí ya adolescente en 1933 en Magdalena del mar, residencia de su familia, en donde dirigió el centro de la Juventud Católica, que en unión con los otros centros de Lima y balnearios, presididos por César Arróspide, Gerardo Alarco, Ernesto Alayza, David Vega Christie, Raúl Ferrero y Eduardo Suárez Jimena, entre otros, formaron una generación.

Al mismo tiempo revalidó sus estudios de abogado y continuó hasta su muerte siendo miembro del Colegio de dicha orden ; también desempeñó el auxiliarato de la cátedra de derecho civil de la Universidad Católica que regentaba Carlos Arenas y Loayza.

El jurista de 30 años fue recibido cariñosamente en Comillas. En el Sínodo de Obispos de 1971, el arzobispo coadjutor de Granada, Benavente, me preguntaba por

su compañero de estudios con el afecto cordial que solía despertar en sus amigos. Terminados los estudios, fue ordenado sacerdote en enero de 1945 por el arzobispo Pedro Pascual Farfán, que en esa forma solemnizaba su cincuentenario sacerdotal ; a los pocos días me invitó a ser maestro de ceremonias en su primera misa cantada en la parroquia de Magdalena del Mar.

Por sus estudios fue llamado a desempeñar el cargo de viceprevisor en la Curia Metropolitana, pero escrúpulos que comenzaban a despertarse en él, le hicieron renunciar a los pocos días y se retrajo a vivir en los viejos claustros franciscanos del Externado de Santo Toribio, como director de ese centro de estudios primarios y capellán del monasterio de las Trinitarias. A todos llamaba la atención que un sacerdote de la capacidad y cultura de Fidel Tubino estuviese encerrado en la dirección de un centro escolar primario; de tarde en tarde salía a la Nunciatura, en la que fue apreciado consultor durante toda su vida.

En el vetusto local de la calle del Milagro comenzó a surgir la leyenda de sus manías personales, por las que todos le hacíamos objeto de nuestras fraternas burlas, que él recibía sonriendo; proseguía impertérrito con la forma de vida que se había

trazado, y que fue una mezcla de reconocida humildad e interpretación muy subjetiva de su estado de salud.

Una decisión del cardenal Guevara, como gran canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú, de acuerdo con el nuncio Panico, y refrendada por la Santa Sede, lo arrancó en 1953 de su retiro frailuno y le impuso "por obediencia" -como me refería el mismo Fidel hace pocos meses- el rectorado de esa casa de estudios.

Durante un decenio lo ejerció y quienes trabajamos a su lado, y aun discrepamos hondamente de su manera de conducir la Universidad, debemos reconocer que, a pesar de su frágil naturaleza, trabajó con empeño, ardor y generosidad. Aclaró con su mente sutil la maraña de las disposiciones testamentarias de José de la Riva-Agüero ; consideró que la Universidad debería estar estrechamente vinculada al Episcopado, para lo que creó un Consejo Episcopal de Gobierno. Es historia reciente todo lo referente a la Católica y en sus alumnos queda el recuerdo del personal interés por cada uno, rodeado a veces de preguntas ingenuas.

Al dejar la Universidad fue elegido secretario de la Conferencia Episcopal Peruana, pues había sido consagrado obispo titular de Cerniza y auxiliar de Lima en 1956 por el nuncio Lardone en la Basílica Catedral. Asistió a alguna sesión del Concilio Vaticano II, a la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín en 1968 y a algún otro evento internacional; en ellos se distinguió por la férrea dialéctica de sus intervenciones y la ágil sutileza de sus argumentos, al mismo tiempo que demostraba con ahínco su fidelidad al magisterio de la Iglesia.

A pesar de su arraigado amor por las fórmulas legales, la amplitud bondadosa de su corazón le permitía comprender la opinión contraria, y no era infrecuente que abandonase su posición para permitir un mayor perfeccionamiento del tema que se discutía.

Meticuloso y minucioso al máximo en la redacción de sus escritos, se esforzaba por llegar a una gran claridad, pero tal vez se perdía en una presentación ampulosa y retórica y casi siempre era muy

largo en sus exposiciones. Al mismo tiempo su cortesía le llevaba a luengos circunloquios para presentar los asuntos, por lo cual sus compañeros le exigíamos insistentemente que fuera al grano.

Dotado de una piedad sólida, en manifestaciones infantiles que nos hacían sonreír, indudablemente ha sido recibido por Dios Nuestro Señor en su santa gloria, por su arraigada y tierna devoción a la Virgen María, y por los sufrimientos de una situación de casi 30 años que afectó profundamente su estado de salud. ¡Cuántas veces le oí expresar: “Sólo Dios sabe lo que sufro”! Porque sus achaques -que no aparecían como graves- repercutían notablemente en su sensibilidad extremadamente delicada y le producían desasosiego y postraciones cotidianas, que para él constituían un tremendo esfuerzo, que día a día tenía que vencer.

Sin embargo, cada vez que tenía que enfrentarse con problemas arduos, Tubino se sobreponía y olvidaba sus dolencias. Al lado de ellas, e indudablemente debido a ellas, tenía una paciencia infinita para atender diariamente a muchas personas que le presentaban sus problemas, grandes o pequeños, y a las que consolaba espiritual y materialmente. Fue hombre de consejo en las reuniones episcopales o en consultas particulares.

En su última enfermedad se recrudecieron sus dolencias síquicas y físicas, y confortado por la bendición papal que, por medio del Nuncio Apostólico, le otorgó su viejo amigo el Santo Padre Pablo VI, entregó su alma a Dios al terminar la fiesta de San Juan Bosco, a quien admiró entrañablemente.

Por todo ello suplicamos al Señor que “recuerde a Fidel Tubino, a quien llamó de este mundo a su presencia; que le conceda que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con él la gloria de su resurrección” (Plegaria eucarística II).

*Javier Correa Elías en la Universidad Católica**

Los primeros quince años de la Universidad Católica sirvieron para que se consolidara sobre una base reducida con unos 200 alumnos que seguían los cursos de Letras y Jurisprudencia en el primer patio del local del colegio de la Recoleta, después de un fugaz traslado en 1924 a la parroquia de San Marcelo y consiguiente recuperación por obra del fundador el padre Jorge Dintilhac ss.cc.

En 1930 habían desaparecido los temores de quienes no matriculaban a sus hijos en la "Academia Dintilhac", como despectivamente era titulada en avisos aparecidos en los diarios limeños, para "no hacer experimentos con ellos", y tampoco se repetían las frases del director general de Enseñanza y presidente del Jurado Examinador que al entregar el calificativo decía "que no tenía valor".

La constancia visionaria del padre Jorge había vencido, pero internamente no se vislumbraba un crecimiento excesivo, sino una consolidación lenta, muy lenta. En ese ambiente se ofreció al padre Jorge una ayuda excepcional: el antiguo recoletano Javier Correa Elías estaba sin trabajo al haber sido desembarcado de su puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores por los avatares políticos en diciembre de 1931, junto con otros funcionarios, como Raúl Porras. La estrecha y cordial vinculación existente entre los padres del colegio de la Recoleta y sus alumnos perduraba fuera de las aulas y ella empujó al rector a acoger a Javier con certera intuición. Mas la debilísima economía de la institución no permitía afrontar el sostenimiento de un padre de familia con cinco hijos: para llegar a la suma, notable entonces, de ochenta libras peruanas, Correa tuvo que asumir las funciones de secretario, tesorero, bibliotecario y director de la revista. La secretaría comprendía a todas las facultades y la acción de Javier pergeñó la imagen del secretario general como persona ejecutora en la Universidad y

* Publicado en el N° 4 de la *Revista de la Universidad Católica* (Lima: 1978).

en realidad después del padre Jorge la figura central : de una parte la confianza depositada por el padre en Javier era ilimitada y de la otra la filial sumisión, llena de afecto, de Correa a las orientaciones y disposiciones del padre rector era también esencial para el desarrollo de la católica.

A los pocos meses de incorporación del nuevo secretario se puso de relieve el acierto intuitivo del padre Jorge. El cierre de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por obra del gobierno de Sánchez Cerro volcó al claustro recoletano a numerosos estudiantes. La presencia de Javier Correa canalizó los traslados sin que la frágil institución fuese arrollada por la masa invasora: de 200 alumnos se pasó a 1,500 en el mismo estrecho local, que tuvo que agrandarse con el segundo patio, dos aulas y la biblioteca, aprovechando la construcción del nuevo edificio del colegio en la avenida Uruguay.

En ese reducido ambiente funcionaron las dos antiguas facultades de Letras y de Jurisprudencia, a la que se agregó la de Ciencias Políticas y Económicas, el Instituto Femenino de Estudios Superiores. El padre Jorge acogía las diversas iniciativas y tesoneramente las imponía: tocaba a Javier encontrar las soluciones adecuadas y juntos descubrían a los nuevos colaboradores, como Beatriz Cisneros para el Instituto Femenino.

Orientar la matrícula, reconocer estudios, no sólo de programas similares sino de quienes, decepcionados de los estudios médicos -por ejemplo-, pretendían iniciar los de derecho; afrontar la fundación de nuevos organismos universitarios, puesto que el padre Jorge poseía la virtud especial de pensar siempre en nuevos campos de acción que indudablemente debían surgir a la sombra de la UC ; así surgen la Escuela de Pedagogía, encargada a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, la Escuela Normal bajo la dirección de las Canonas de la Cruz, la Academia de Arte por inspiración de Adolfo Winternitz y la Facultad de Ingeniería debida a la iniciativa de Jorge Félix Remy, Rafael de la Puente y especialmente al vigor de Cristóbal de Losada y Puga. Funciones todas que se apoyan en la infatigable labor de Javier Correa para quien no había horario de ocho horas ni descanso semanal.

Para hacer frente a las urgencias financieras el padre Jorge solicita del Episcopado Peruano que en el último domingo de setiembre de cada año se realice una colecta pro UC en todos los templos; obtiene de la Santa Sede la concesión del antiguo local de la Delegación Apostólica, sito en la calle Botica de San Pedro, para el funcionamiento de la Facultad de Ingeniería con la valiosa ayuda del nuncio Cicognani; funda la "Asociación de Amigos de la Universidad" bajo la presidencia del benemérito ingeniero don Juan N. Portocarrero para recaudar fondos y visita y escribe a posibles bienhechores, de los que obtiene algunas ayudas. Al mismo tiempo dispensa del pago de derechos a los alumnos y en varias oportunidades los ayuda en sus necesidades. La tarea del tesorero no es fácil y tiene que recurrir a expedientes de emergencia como pedir al padre rector que permanezca en los altos de la Comunidad para no ser asediado por los peticionarios de dispensa o mora en el pago de los derechos estudiantiles y concede el papelito que impida aumentar los exiguos caudales de la tesorería.

El desequilibrio presupuestal se agrava por el sostenimiento de la nueva Facultad de Ingeniería; sin embargo se adquiere un terreno en la avenida de la Magdalena para el futuro local, que será vendido posteriormente para satisfacer los rubros del presupuesto ordinario. Los sueldos eran mínimos, pero las planillas crecían y en diversas ocasiones se llegaba a fin de mes sin contar con el dinero suficiente. La zozobra era permanente, pero se salía adelante y alguna vez Javier le decía con suave malicia al rector: *pero no me haga milagritos*, en el momento de recibir algún cheque obtenido gracias a las gestiones del padre Jorge.

Tiempos heroicos, pero hermosos porque formaron el espíritu de la Universidad debido a la tenacidad visionaria del padre Jorge y a las dotes organizadoras de Correa, en quien existía una buena dosis de comprensión humana y habilidad política. Quienes fuimos colaboradores de ambos atestiguamos la dedicación íntegra hasta conseguir modelar la imagen de la Universidad.

La administración cotidiana dirigida por Correa descansaba en el fiel y diligente colaborador señor Huamán, que era amanuense

y cajero, por lo que los universitarios lo llamaban el *One Man* de la institución; posteriormente se incorporaron los señores Málaga y Morales en la secretaría y las señoritas Elías en la tesorería.

Sucedan cosas curiosas, como al adquirir una finca en la calle de la Amargura la Universidad se convierte en propietaria de la "Escuela Técnica de Comercio" que en ella estaba instalada, con lo que se añaden nuevas preocupaciones al diario quehacer de la Universidad y se agrega al personal otro señor Correa, que para distinguirlo de Javier se le conoce por "Correa con bigotes". En esa finca para la difusión del libro católico y ventajas para los universitarios se crea la librería *Studium*, que es confiada a un muchacho en quien el rector y Javier descubren la madera conveniente para el gran desarrollo ulterior y responde al nombre de Andrés Carbone, allá por los años de 1937.

A los problemas económicos se juntan dificultades políticas, que son vencidas por la innata sagacidad y la experiencia diplomática de Correa. El gobierno del general Benavides pide la concesión del doctorado *honoris causa* al canciller chileno don Miguel Cruchaga Tocornal por la clausura de San Marcos, pero también le inquieta la actividad partidista que pueden ejercer algunos de los provenientes de esta vieja casa de estudios. El Presidente de la República asiste a la clausura del año académico, mas surge un agudo conflicto entre el Ministerio de Educación y la Escuela de Pedagogía alrededor del director de ésta, hermano Heriberto María. La nueva ley de educación de 1941 reafirma el centralismo sanmarquino, salvo el régimen especial para la Facultad de Ingeniería, y el presidente Prado participa en la celebración de los 25 años de la fundación de la UC; por ese motivo la Santa Sede le otorga el título de Pontificia, merced a las gestiones del nuncio Cento.

En esta época Javier ha entregado la secretaría general a las manos juveniles y capaces de Ernesto Alayza, al reintegrarse al Ministerio de Relaciones Exteriores, conservando la tesorería. Ya no está a diario en el local de la Recoleta, pero junto con

Ernesto soluciona los conflictos que se presentan y asume también el decanato de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, y su opinión, que siempre coincidía con la del rector, pesaba seriamente en las decisiones del Consejo Superior.

Este organismo integrado por los primeros colaboradores del padre Jorge, los doctores Arenas y Loayza, Jorge Velaochaga, José Leonidas Madueño, José Félix Aramburú y el delegado del arzobispado de Lima, monseñor Aquiles Castañeda, se renovó por la incorporación a la Universidad de notables figuras como el jesuita Vargas Ugarte, los académicos Riva-Agüero y Belaunde y el matemático Losada y Puga. Personalidades ricas y recias que fueron conducidas al servicio de la institución por la suave y tenaz dirección del Padre Jorge y la capacidad de ejecución unida a la habilidad diplomática de Correa.

Los mencionados catedráticos se incorporaron a la docencia ordinaria o mediante brillantes conferencias ocasionales y ayudaron a la renovación del claustro que por las variadas circunstancias exigía mayor número de profesores y una elevación del nivel académico. Para obtener este objetivo se requirió la colaboración de profesores como Julio C. Tello, Raúl Porras, Alberto Hurtado, que ya sobresalían en sus respectivas materias, o siguiendo una acentuada tendencia del padre Jorge la participación de elementos juveniles, quien ya había integrado a las filas docentes a Carlos Rodríguez Pastor, Ismael Bielich, César Arróspide. En esta misma línea Correa alentó la vocación a la docencia en alumnos destacados y sin preocuparse de la edad, pues algunos habían pasado de los veinte años, encargó cursos a Mario Alzamora, Ernesto Alayza, Raúl Ferrero, Hugo Piaggio, Raúl Vargas Mata, César Toledo, Carlos Radicati, Guillermo Lohmann, los Belaunde Guinassi, Pedro Benvenuto, Javier Pulgar, Jorge del Busto, entre otros, o llamó a otros que habían estudiado en Europa, como Fidel Tubino y José Dammert, o en otros centros superiores, tales como Rómulo Ferrero, Luis Echeopar y la plana de Ingeniería. Debe mencionarse la ayuda prestada por el sacerdote chileno don Óscar Larson, que además de la enseñanza ejerció un papel de primera en la formación espiritual de los estudiantes y fue fraterno amigo de Javier y de su

familia. La *Revista de la Universidad Católica*, fundada por Correa y luego bajo la dirección de Cristóbal de Losada y Puga, fue el signo de la seriedad de los estudios ; al lado de ella surgieron las abundantes publicaciones del padre Vargas Ugarte, los “Ensayos geográficos” de Javier Pulgar Vidal, la reaparición del *Mercurio Peruano* de Víctor Andrés Belaunde, y diversos textos de los jóvenes profesores o tesis de grado, fruto de valiosas investigaciones, por ejemplo el *El lenguaje peruano* de Benvenuto Murrieta.

Avalaron ese trabajo intelectual las conferencias de destacados extranjeros, Gregorio Marañón, Louis Baudin, y el curso magistral de José de la Riva-Agüero sobre “Civilización peruana”.

Toda esa floración fue fruto del diario quehacer silencioso y abnegado , bajo la tutela del padre Jorge, de Javier Correa, quien debía hacer frente a las múltiples dificultades que se presentaban a todo nivel y que no aparecen en formas brillantes. El trato continuo con los estudiantes en el patio y en la secretaría, la comprensión de los problemas humanos fue otro rasgo distintivo de Javier que utilizaba su sagacidad diplomática mezclada con la malicia limeña para enfrentar delicadas situaciones y favorecer las iniciativas estudiantiles. La participación del claustro universitario en las celebraciones del Primer Congreso Eucarístico Nacional de 1935 fue la demostración pública de una renovada imagen de la Universidad Católica y la vital actividad, llena de episodios anecdóticos, de las primeras olimpiadas universitarias fue la señal de la presencia estudiantil fuera del recinto de la Recoleta : en ambos eventos Correa participó con sus consejos, con sus dotes de organizador y con la colaboración económica a pesar de la escasez de recursos.

Un ejemplo de la comprensión y habilidad de Javier frente a los problemas estudiantiles está conservado en una anécdota que se contaba reiteradamente en el patio de la Universidad. Cierta alumno, impedido de pasar de año por malas notas, ingresa furioso a la secretaría para arreglar su asunto y sale, al cabo de media hora, sonriente y de brazo con el secretario, y a quien le pregunta por el resultado de su gestión le contesta: “repito año”.

Al ser llamado Correa por el presidente Bustamante y Rivero para desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores y luego ir de embajador a Chile, se ausenta físicamente de la Universidad, pero mantiene su vinculación e interés y participa en los actos académicos de la Universidad hermana de Santiago.

Ese fue el reconocimiento de la importancia de nuestra casa de estudios en la vida nacional. Bajo el anterior gobierno de Manuel Prado habían sido ministros los rectores de San Marcos, Solf y Oliveira, en el del doctor Bustamante al lado de catedráticos de la vieja universidad, como Basadre, Trelles, Valcárcel, Honorio Delgado, figuran los de la Católica: Alberto Hurtado, Echeopar García, Rómulo Ferrero, Losada, Bielich, Góngora, y en las direcciones ministeriales Xammar y Cueto, junto con Arróspide, Alayza, Alzamora, Castañón.

Vuelto de Chile Correa se reincorpora a la Católica como tesorero general y junto con Alarco, Arróspide, Alayza, Echeopar, Dammert, González Suárez, del Busto, prosigue la orientación dejada por el padre Jorge de inspirar el espíritu cristiano y elevar el nivel académico. Se buscan profesores, se procura difundir la doctrina social de la Iglesia, se permanece en estrecho contacto con los alumnos, se proyecta la instalación de la ciudad universitaria en el fundo Pando, legado por el doctor de la Riva-Agüero y Osma.

Surgen dificultades internas e incomprensibles, pues ya no se contaba con la dirección del padre Jorge, que nos había legado su espíritu, y la incompatibilidad de caracteres se agudiza. Javier siempre leal con la institución no se rebeló ante formas que consideramos inoportunas, como la modificación del estatuto de la Universidad, que derribó el sistema de gobierno que durante largos años había demostrado su eficiencia. Otras manos asumieron la dirección de la Universidad, pero siempre permaneció el interés de Correa hacia la institución que durante más de 20 años había sido parte de su vida y que puede decirse que en ese lapso la vida de Javier se confundió con el desarrollo de la UC, por lo que en 1967, al celebrarse las bodas de oro de la

institución, se le confirió el grado de doctor en Derecho *honoris causa*, siendo el único peruano a quien se ha concedido esta distinción.

Cristóbal de Losada y Puga, con el énfasis característico que ponía en sus expresiones, alguna vez lo reconoció: "A quien más debe la Universidad Católica, después del padre Jorge , es a Javier Correa ."

*Un laico siempre joven**

César Arróspide de la Flor, una figura clave en el movimiento laico peruano, y uno de esos pocos hombres que podemos calificar de maestros, ha sido en este siglo mentor de generaciones al poseer una inteligencia múltiple y sutil, clara y perspicaz, firme y serena, profunda y bondadosa, sostenida por la fe en Cristo que descubrió en la preparación a la primera comunión impartida por un joven sacerdote francés de la congregación de los Sagrados Corazones.

Años más tarde afirmará que el “acercamiento al Evangelio es fuente inagotable de la vida apostólica... y por allí hemos de buscar la inspiración para nuestro trabajo, seguros de que éste florecerá en espíritu y en verdad, dando frutos de caridad y perfección.”

La adhesión a Cristo y a su Iglesia perduró toda su vida y comunicó su fe, aprendida con sencillez, sin guardar ocultas sus riquezas, participando en el movimiento litúrgico para impregnar los rutinarios ritos de un auténtico sentido de oración.

Su influjo sobre los jóvenes fue duradero y numerosos fueron quienes le debieron su pensar y obrar. Los acogía con espíritu abierto, aun en sus últimos años, para escuchar sus inquietudes y aconsejar con cristiana sabiduría mostrando siempre una actitud despierta y alentadora.

Orientó a los laicos católicos y dialogaba frecuentemente con personas no creyentes que tenían dudas, respetando en el diálogo las opiniones ajenas y presentando sagazmente su pensamiento. Atento siempre a las innovaciones, para no quedarse anclado en el pasado, pues con aguda sensibilidad y fina ironía de su espíritu permanentemente juvenil solía repetir “¿cuántos

* Publicado en *Homenaje a César Arróspide*. Lima: PUCP, 1994, p. 7-11. Cuadernos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 9.

se han quedado en el camino!", mientras él proseguía incansable en el discernimiento de lo actual vislumbrando el porvenir.

Así llegó a simbolizar al "laico modelo" de la época: hombre culto y fino, abierto a las nuevas ideas sociales, respetuoso de los deseos de la jerarquía pero con profundo espíritu crítico.

Estudiante universitario es miembro del grupo *Novcientos* en 1924 y de su revista que "se reclamó del testimonio de grandes mentes de literatos, poetas, polemistas, artistas, todos ellos católicos, como León Bloy, Papini, Claudel, Maritain, el pintor Rouault, el compositor de vanguardia Messiaen, etc., para romper el prejuicio adverso a la jerarquía cultural católica." El grupo duró un año y en 1926 con José León Bueno estableció la A.S.J., Acción Social de la Juventud, que tuvo relevante influencia social, intelectual y deportiva. "Pronto creció la Asociación, recibiendo en su seno a multitud de jóvenes, como unos seiscientos; de los cuales, sólo un reducido número eran verdaderamente católicos practicantes...". Debido a ellos, Arróspide, con un grupo de disidentes de la A.S.J., entre ellos Gerardo Alarco y Octavio Álvarez Maza, que -según César -"fue el prototipo del gestor anónimo, inteligente y culto, abnegado y modesto, ajeno a toda figuración. Fue el ejemplo vivo y actuante del cristiano cabal", construyeron en 1930 el Centro *Fides*, "para fomentar la formación de grupos pequeños, de calidad, y salvar la identidad católica de entre una elite, sin club y sin deportes."

Contemporáneamente, a semejanza de los existentes en México y Chile, se estableció el Centro de Estudiantes Católicos, y con ellos y otros centros parroquiales se formó la Federación Diocesana de la Juventud Católica de Lima (1930-35) bajo la presidencia de Arróspide. En esa calidad representó al Perú en el congreso que hubo en México en 1931, y en 1933 ante el Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos celebrado en Roma. En éste se vinculó fraternalmente con Eduardo Frei, lo que le permitiría, a la caída de Allende, expresarle su extrañeza por la primera aceptación de la dictadura militar, que constituía una incongruencia para un cristiano demócrata.

En el informe que diera a su regreso de Roma, aparecen ideas que incidieron en toda su actividad: la necesidad de informar, educar y organizarse, de vincularse con los centros de provincia enviando delegaciones para conocer el país, fortalecer a los militantes y atraer a otros.

En 1935, la Asamblea Episcopal lo elige presidente de la recién creada Junta Nacional de la Acción Católica Peruana. "El hermoso discurso que pronunciara -según testimonio de la época- nos prueba cuán profundamente conoce la Acción Católica y su actuación anterior es una garantía del acierto y de la rectitud con que realizará la misión en momento tan solemne, que en presencia de todos los obispos, prometiera cumplir 'en nombre de Dios'."

Junto con don Manuel Larraín, obispo de Talca y asesor de la Acción Católica chilena, Armando Gutiérrez Granier, presidente de la boliviana (más tarde sacerdote y arzobispo de Cochabamba, fallecido pocas semanas ha [6 de junio de 1992]), y Fermín Luis Concha, de la chilena, por estar nuevamente en la presidencia de la peruana (1945-50), organizó la Primera Semana Interamericana de Acción Católica en Santiago. Hubo cinco reuniones más, que sirvieron para el conocimiento y vinculación de dirigentes y asesores del continente.

En una asamblea de la A.C.P., tenida en el Cusco en 1949, y al año siguiente en la memoria presentada al dejar la presidencia, hizo un cuidadoso y profundo análisis de los primeros 15 años de ella, señalando los aspectos positivos y negativos, y destacando algunos puntos que coincidieron más tarde con el apostolado seglar concebido por el Vaticano II. Entre ellos incidió en que "el problema del indio, por su parte, que constituye uno de los más serios escollos para la consolidación de la

unidad nacional de algunos de nuestros países, quedó fuera de la sensibilidad de la Acción Católica, movimiento urbano y de clase media, radicado en centros normalmente distantes del campesinado nativo."

Más tarde insistiría: “El primer reto que se plantea a nuestra conciencia de peruanos para la afirmación de la identidad nacional es el del rescate de nuestra vertiente andina. Dada la cobertura hegemónica de formas culturales que configuran el ámbito de los sectores dominantes, podría decirse que somos occidente, en todo caso de un occidente “americano”, nacido de este lado del mar. Pero nuestra originalidad supone, para realizarse plenamente, la asunción cada vez más auténtica de esta gran vertiente andina que marginó la invasión europea y que nos es esencial.”

Preocupado por los avatares culturales del Perú escribió artículos que han sido recogidos en *Cultura y liberación* (1975) y *Reflexiones sobre el cambio cultural en el Perú* (1985). Sobre críticas de arte, especialmente musical, publicó numerosos comentarios en la prensa local y un ensayo excelente, *El arte como expresión de identidad nacional* (1979). Contraste irónico a su fina sensibilidad artística y a su amplio bagaje cultural fue que durante 28 años actuó como acucioso funcionario del Registro de la Propiedad Inmueble en su condición de abogado.

También redactó *Apuntes sobre el apostolado laico en el Perú* (1977), *El movimiento católico seglar en los años 20*, los que “no tienen otro valor que el de un testimonio personal” -según el mismo autor, pero valiosísimos para su historia-, y otros artículos recogidos en *La misión del laicado en la Iglesia y en el mundo* (1988).

César Arróspide finalizó los estudios secundarios en diciembre de 1916, en vísperas de la que despectivamente llamada “Academia Dintilhac” abría sus puertas. A pesar del respeto y cariño que tenían al padre Jorge, no dudaron en matricularse en San Marcos, César, Luis Alberto Sánchez y Lizardo Alzamora, pues como dijo el padre de éste, “no hacía experimentos con el hijo.”

Cursó Letras y Derecho, enseñó historia en el colegio de la Recoleta y, por invitación del padre Jorge, comenzó a dictar Historia del Arte y Estética, cátedras que conservó por largos años.

En 1932 se incorpora a la Católica otro recoletano, Javier Correa Elías, como secretario-tesorero, quien tenía en común con César ideales recibidos de los padres de los Sagrados Corazones y, juntos, los plasmaron en la formación de un centro de estudios superiores de nivel académico y católico.

Más tarde, Arróspide fue elegido decano de la Facultad de Letras, en dos períodos (1944-1948 y 1954-1957), donde por su profundo pensamiento, finura espiritual y conocimiento de la problemática universitaria los ejerció en plenitud.

Colaboró en el establecimiento y desarrollo de la Academia de Arte, dirigida por Adolfo Winternitz, al considerar que el cultivo de las artes era también una importante tarea de la Universidad.

Tuvo César una gran amplitud de miras para buscar colaboradores y no se detenía en criterios estrechos ni temía entrar en contacto con personas que respetaban la fe en Cristo aunque no fuesen católicos practicantes. En los últimos años, al tratarse de la creación de un Consejo Católico para la Cultura, no dudó en la posible incorporación de intelectuales de valía, como el poeta Antonio Cisneros, entre otros.

Arróspide tuvo discípulos en las aulas universitarias de la Católica y de San Marcos, como en el Conservatorio de Música, que se distinguieron por el ejercicio de su profesión y docencia.

Más, muchos más numerosos, hemos sido los influenciados por su trato fuera del aula en su variada actividad apostólica. La sensibilidad de César ante los problemas humanos, espirituales y sociales, le hacía estar dispuesto a escuchar y dialogar, dejando siempre una gran libertad al reconocer que la vida del hombre es variada y se desenvuelve imperfectamente en diversidad de condiciones y de circunstancias.

Permaneció soltero, acompañado de su madre y hermanas Eva y Esther, que le precedieron en la muerte, y fueron fieles e inteligentes colaboradoras de su misión y compromiso laical. Con-

servó su lucidez espiritual y actividad hasta el cumplimiento de los noventa años, en que comenzó a declinar físicamente y por los achaques de la ancianidad, después de los 91, perdió la facultad de hablar, pero al saludarle se iluminaba su rostro con la sonrisa y la mirada relampagueante de sus mejores tiempos, expresión de su fe y caridad cristianas.

Entró en la morada del Padre el 4 de julio de 1992.

Centenario de Raúl Porras Barrenechea

*HOMILÍA**

Es un grato deber celebrar esta santa misa en el centenario del nacimiento del insigne maestro Raúl Porras Barrenechea que me enseñó en 3° y 4° de media los cursos de Historia del Perú, Virreinato y República.

Era un maestro eximio que dictaba sus clases con empeño, calidad y seguridad, lenguaje digno y apropiado para adolescentes, además de la amenidad dentro del amplísimo conocimiento de la materia, en forma tal que sus lecciones quedaban grabadas sin necesidad de repaso.

Visitaba esta preciosa iglesia del convento de las Madres Capuchinas en su niñez por la cercanía con el colegio de la Recoleta y, ya adulto, volvía a ella con cariño.

Tuvo una niñez triste por la muerte de su padre, y aunque mayor no fue practicante, siempre conservó un respeto grande por la Iglesia, reconoció su misión evangelizadora en el siglo XVI y, en especial, la enseñanza recibida, como lo expresó con mucho sentimiento en el discurso pronunciado en el sepelio del padre Jorge Dintilhac, fundador de la Universidad Católica, a nombre de los exalumnos del colegio.

En la Universidad trabajamos durante varios años, manteniendo una amistad cordial. Siendo obispo auxiliar de Lima celebré su funeral en la iglesia de San Pedro.

* Pronunciada en la misa celebrada con ocasión del centenario del nacimiento de Raúl Porras Barrenechea, el 23 de marzo de 1997, en la iglesia del monasterio de Jesús, María y José (Lima).

En la actual crisis de los rehenes recuerdo que siempre fue favorable al diálogo para solucionar problemas, por lo que pido a Dios se resuelva siguiendo su ejemplo.

¡Raúl, estimado maestro, descansa en paz !

*La Universidad Católica **

Al recorrer el campus de la Pontificia Universidad Católica del Perú, ver el ambiente familiar entre docentes, alumnos, funcionarios, empleados, antiguos alumnos y jubilados, escuchar o leer los elogios y alabanzas a los profesionales formados en ella, parece imposible pensar en sus humildes orígenes.

La visión del padre Jorge Dintilhac al establecer un instituto de enseñanza superior que tuviera como blanco principal la formación integral y esencialmente católica de sus alumnos y que, con el mismo afán, enseñasen sus maestros y aprendiesen sus discípulos -pues sólo de esa manera se lograría la unidad de acción y la armonía de conjunto para la plena realización de sus fines- se contempla cumplida en los ochenta años y con el entusiasmo de continuarla y perfeccionarla.

La tenacidad, humilde y silenciosa, del padre Jorge permitió su desenvolvimiento, tratando de contribuir a la difusión de la cultura entre nosotros y a la formación -dentro de los principios cristianos y de solidez académica y profesional-, en humanidades y ciencias, de la juventud que acude a sus aulas.

Al fundador se aplican claramente las palabras del Señor de *haber ocultado estas cosas a sabios y entendidos, y haberlas revelado a la gente sencilla* (Mateo 11,25).

El mismo padre Jorge lo reconoció: *ha nacido de la nada, por un favor especial de la Divina Providencia, y ha podido mantenerse a pesar de su pobreza y de muchos ataques repetidos y enconados. Se ha desarrollado en la vida intelectual y social del país de un modo sorprendente, y con fuerzas que cada día han de afianzarse y levantar cada vez más alto el prestigio de la religión y de la ciencia cristiana. Para este fin debemos trabajar con eficiencia y entusiasmo siempre creciente.*

* Nota publicada en el diario *El Sol*. Lima : 29 de mayo de 1997, p. 4A.

El recuerdo del padre Jorge -nunca quiso que le llamaran de otra manera- perdurará siempre en la Universidad Católica, por ser su venerado fundador y ser quien, escuchando fielmente el llamado de Cristo, cumplió su ministerio sacerdotal ejemplarmente, llegando a ser padre cordialísimo de muchas almas y forjador de nuevas generaciones fieles a su fe.

Índice

Presentación	
por José Agustín de la Puente Candamo	5
Mi vinculación con la Universidad Católica	7
Monseñor Fidel Tubino	18
Javier Correa Elías en la Universidad Católica	22
Un laico siempre joven	30
Centenario de Raúl Porras Barrenechea : homilía	36
La Universidad Católica	38

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Archivera

Sergio Barraza Lescano
Alumno colaborador

Vanessa Veintemilla Minaya
Archivera colaboradora

Johon Rodríguez Herrera
Conservador

Ejemplar N° **0195**

